

Kydara: El espíritu del desierto

Cynthia Romero



Kydara  
El espíritu del desierto

CYNTHIA ROMERO

# Capítulo 1

## **Uno: Misterio en Samhain**

La ceremonia estaba bien. Según los libros, no faltaba nada. Ni los elementos, ni la posición de las estrellas en el cielo, ni la preparación mental y física del alumno. Lo malo, eso sí, era la ubicación que habíamos elegido. Tampoco es que tuviéramos muchas opciones, en plena época de revolución, luego del peligro de una guerra entre nuestro país y el vecino.

Los caminos no eran muy seguros para una mujer y un adolescente cargado de libros, por más que yo supiese utilizar la magia elemental y el mocoso se hubiese aprendido de memoria todos los hechizos de los grimorios que encontrara. Ni yo había perfeccionado mis ataques, ni él había tenido tiempo de poner en práctica todas esas palabras que se había metido por los ojos.

Así que ahí estábamos, en pleno desierto de Kydara, congelándonos los huesos en Samhain —la última noche del décimo mes— para hacer un rito de iniciación a mi alumno.

Mi nombre es Nirali Sidhu, ex alumna del Gran Sarwan Lal Nehru (lo de "grande" es un apodo que él mismo se puso, como imaginarán) y, por lo tanto, hechicera elemental especializada en el fuego. Lo de especiali-no-se-qué queda bonito en la presentación, lo sé, pero no tuve tiempo de aprenderme el resto de los elementos. Mis únicas aliadas son las salamandras, las únicas que conozco y que me interesan.

Cuando mi maestro me eligió, lo que yo quería era huir de un matrimonio arreglado con el carcamán más arrugado del lugar, así que no lo pensé demasiado. Las palabras encantadoras de Sarwan se desvanecieron apenas cruzamos las puertas de la ciudad. Pasé de ser «la elegida del fuego» a «hey, tú, niña plana como una tabla». Los envíos de dinero que mi madre nos hacía, en secreto, fueron lo único que impidió que él me abandonara en la primera posada.

Mi rito de iniciación también fue durante un Samhain, pero debí hacerlo junto a una mesa de apuestas, porque él quería que «aprendiera a hacer las cosas bien en cualquier ambiente». Que él llevara una racha ganadora no tenía nada que ver. Mi salamandra atendió el llamado, de todas formas. El tiempo pasó, uní mi esencia con la del fuego y pude enfrentarme a un medioelfo para salir de una emergencia después.

Luego, Sarwan fue convencido de participar en la revolución contra el tirano que nos gobernaba, con lo que yo fui arrastrada a cumplir misiones y a enfrentarme a soldados borrachos para tomar una ciudad portuaria,

Bunhal.

Lo que viví en ese lugar me marcó tanto, que ya no pude pensar con claridad. Incluso llegué a enfrentarme con el sirviente del rey, un loco peligroso que casi me costó la vida. Pasé de aprendiz a soldado de primera fila, casi sin darme cuenta. Mi cabeza quedó hecha un lío.

Por eso, apenas todo terminó y el tirano fue derrotado, dejé mi corazón roto en un vaso de Taj —una bebida de la región— y corrí lejos, antes de que las lágrimas me alcanzaran.

Me volví autodidacta, lo cual no hizo mucha diferencia de mis tiempos con mi maestro, lo admito. Pero algo de Sarwan había quedado en mí. Noté que le había tomado gusto a las maldiciones y a los juegos de cartas, en especial a los que tenían lugar en tabernas oscuras y terminaban en disturbios. El Taj se convirtió en mi nuevo mejor amigo, dejé de rellenar mis sostenes y acepté que me confundieran con un muchacho escuálido en las posadas. Mucha ropa oscura, mi cabeza cubierta con la capucha y algún que otro talismán para provocar el miedo de los supersticiosos fueron la receta perfecta. Nadie me molestaba.

Ser una mujer en Daranis no es nada fácil: o te conviertes en jarrón decorativo en la repisa de un viejo degenerado, o mueres de hambre e ignorancia. Cuando me di cuenta, ya había engatusado a un adolescente lleno de monedas para que se convirtiera en mi aprendiz. Las palabras adecuadas salieron de mi boca sin problemas:

—El fuego te ha elegido, muchacho. Puedo ver el poder escondido dentro de ti. Ven conmigo y nunca volverás a temerle a nada.

Lo cierto era que yo no tenía idea de lo que estaba haciendo, el que hablaba era mi hambre de días y mi espalda agarrotada de tanto dormir a la intemperie.

Porque una parte de lo que no te dicen cuando te conviertes en hechicero independiente es que serás pobre. Muy pobre. Y dependerás de los trabajos eventuales que puedas conseguir, o de los alumnos que quieran pagarte para tomar tus enseñanzas.

El mejor empleo es con el gobierno, por supuesto, se trabaja poco y se gana mucho. Pero no era el momento de quedar pegada a un nuevo régimen que bien podía demostrar ser igual de tiránico que el anterior, no señor. Y no quería que se supiera por ahí que había una mujer hechicera viajando sola, sin un céntimo. La única opción era tomar a algún incauto y convencerlo de que me diera honorarios por pasarle mis conocimientos.

Ahora pienso que ojalá hubiese tenido algo más para enseñarle. Como decía, había pasado más de un año desde que huí de mi maestro y era la

noche de Samhain.

Mi discípulo, Ren Jann, tiene unos cinco años menos que yo, aunque me lleva una cabeza en altura y su espalda ancha es buena para espantar a los asaltantes de los caminos. Creo que por eso lo elegí, en primer lugar. En segundo lugar, por sus ojos negros de cachorrito perdido.

Es tan inocente, que no podría hacerle daño ni a una hormiga. Y le gustan los libros de hechizos, los compendios sobre hierbas y coleccionar piedras con propiedades energéticas. Él es quien tiene que cargar con todas esas cosas, por supuesto. Uno de los beneficios de ser maestra es que no tienes que llevar el equipaje de nadie. Ni siquiera el propio. Otro es la bolsa cargada de monedas que recibimos cada luna nueva del mensajero de su familia.

Yo estaba tan ansiosa de llevarme a Ren, como sus padres de que lo sacara de aquel pueblo de mineros rudos. Todos habíamos tenido mucha suerte con esto.

La ceremonia había comenzado.

El chico estaba arrodillado en el centro del círculo, con la cerilla sagrada —que compramos en oferta en la última feria que pasamos— temblando en su mano izquierda. Yo lo estaba mirando, muy segura de que mis ojos le transmitían que, si eso salía mal, lo despellejaría vivo. Una sensación que debería ponerlo en la misma sintonía que yo, cuando tuve mi iniciación en la taberna con Sarwan.

Si yo fui captada sin razón, en medio de la calle, tuve un entrenamiento a medias y aun así las cosas salieron bien. Suponía que Ren podría convertirse en un hechicero sin problemas. Estaba siguiendo los pasos, según recordaba. Las manos largas y pálidas de mi alumno llevaron la punta de la cerilla hacia la piedra elegida, la obligaron a frotar con fuerza la superficie gris y esperaron, bajo mis ojos asesinos. No ocurrió nada. Ni una mísera chispa.

—Prueba con otra cerilla —apunté, en un susurro que dejó escapar una nube de vapor en el frío de la noche—. Otra. Otra más. No te detengas.

—N-No queda ninguna —me respondió, con la voz entrecortada—. No lo entiendo, no falta nada.

Me acababa de dar cuenta de que no tenía forma de conseguir otra y, en kilómetros a la redonda, no había un maldito árbol de donde sacar una rama. Ren siguió buscando la razón y yo traté de ignorar la frustración en sus palabras.

Su mirada ahora se parecía a la de un niño decepcionado, mientras revisaba libro tras libro, desesperado por una solución. Yo me había resignado a esperar al próximo final de octubre. Era consciente de que la arena de ese desierto cargaba con demasiada magia residual de guerras antiguas como para querer arriesgarme a mover un dedo.

—El lugar debe estar bloqueándote, mocoso. No te apures, el año que viene lo haremos bien, en la cima de una buena montaña. Te lo prometo.

Él tomó una bocanada de aire y me hizo la única pregunta que no era capaz de contestarle.

—¿Estás segura de que tengo algún poder que bloquear? Este desierto me parece tan normal como cualquier otro.

—No es que hayas visto muchos desiertos en tu vida, Ren...

—¡Dime la verdad! —insistió, con una ansiedad que sacó parte de su carácter escondido—. Empiezo a sospechar que no soy el elegido de ningún fuego.

—Descansa, tenemos que salir al amanecer si queremos avanzar algo antes del mediodía. No querrás quedarte bajo ese sol, te lo aseguro —comenté, como si nada, mientras me acomodaba en la tienda que habíamos improvisado.

Me dormí, sin admitir que ni yo sabía qué había salido mal. Pero tendría un año más para averiguarlo. Mientras las bolsas de oro siguieran llegando, no tendría ningún apuro en llamar a la pobre salamandra que tuviera que quedar bajo el cuidado de este chico.

Lo malo fue que, al despertar, me encontré sola. Mi alumno, sus monedas, su equipaje —y no sé por qué, también el mío— habían desaparecido.

## **Dos: Confiando en cabezas y esqueletos**

Estaba sola, en medio de las arenas hechizadas de Kydara. Sin mi equipaje. Sin el mocoso. Al menos, me había quedado la tienda del refugio. Y podía recordar cómo desarmarla y convertirla en un pesado cargamento para mi espalda. Lo primero que vino a mi cabeza fue la posibilidad de que, en Samhain, la presencia de Ren hubiese sido confundida con la de una víctima de sacrificio. ¿El desierto podía habérselo tragado mientras yo dormía? Aterrada por la idea, me di cuenta de lo irresponsable que había sido en esos meses. Ojalá hubiese tenido más conocimientos, ojalá hubiese sido capaz de tener alguna certeza en todo

lo que le enseñaba a mi alumno.

No podía ser que yo aprendiese más de todo esto que él. Era muy vergonzoso.

Mientras acomodaba la tienda en un bulto que me permitiera sobrevivir los días siguientes al trasladarme por el desierto, me debatí entre las dos opciones que me quedaban. Una era volver al pueblecito de mineros rudos, a informarle a aquella familia que confió en mí el triste destino de su hijo. La otra, huir de la región y no dar más noticias para que ellos llegasen solitos a una conclusión.

Tal era el susto, que ya no me acordaba del oro desaparecido ni de mis ropas, cuando aparté la última piedra y encontré la nota. Allí, arrugado, había un pedazo de papel con una única frase temblorosa:

«Lo siento».

Miré el dorso, busqué alguna posdata pequeñita, algún pedido de auxilio en clave... y no había nada.

¡Había huido y lo sentía, el muy bastardo! ¡Me había dejado a morir en el desierto, pero lo lamentaba! ¡Qué detalle de su parte!

El mensaje se hizo cenizas en mi mano en dos segundos, mi visión se tiñó de rojo y la lona que había apartado como mi único equipaje se convirtió en una bola de fuego. Liberé mi furia en un grito que debió escucharse hasta en la capital.

No tenía un buen historial con el control de la esencia del fuego que adopté en Refulgens, así que no debía sorprenderme el remolino de arena que acababa de levantar. O el ardor insoportable en mi cuerpo. Pero había olvidado algo importante: aquella tierra tenía vida propia, era como un gigante dormido que se alimentaba de la magia y de vez en cuando entregaba algún milagro a los caminantes.

Yo había esperado recibir un regalo en noche de Samhain. Ahora me estaba poniendo en el lugar de la presa.

En medio de la confusión, no noté la boca que se abría en las profundidades hasta que fue demasiado tarde. En un minuto, era un huracán de fuego; al siguiente, me había apagado como una cerilla.

La fuerza que me arrastraba al interior de aquella tierra era sofocante, mis gritos se convirtieron en gárgaras de arena. El viaje pareció interminable, a través de kilómetros de granos dorados que se me metieron hasta en

las orejas y me llevaron al borde de la asfixia. Cuando ya me preguntaba cuánto más tardaría en perder la conciencia para siempre, fui arrojada al centro de un salón circular.

No hay palabras bonitas para describir mi estado al caer allí. Solo les diré que tardé lo mío en recuperarme y notar que no estaba sola. Mis anfitriones parecían tener paciencia, de todas formas. Lo siguiente que vi al levantarme fue que ya no estaba en el mundo que conocía. Había entrado en alguna dimensión en la que el aire era denso, estaba cargado de energía y me provocaba malestar. Algo parecido a lo que viví en Bunhal.

Me asustó un detalle. Y fue que, al resto de los que estaban allí, el ambiente a magia oscura no parecía afectarles en absoluto. Tampoco es que fueran muy humanos que digamos.

Lo único reconocible era el trono en el que estaba sentado el más alto de todos, el resto de las cosas se veían más propias del sueño olvidado a medias de algún loco. No estoy exagerando.

La oscuridad general estaba atenuada por una luz suave que venía del exterior de las paredes transparentes. Desde afuera, formas caprichosas iban y venían con lentitud, dando lugar a otras según su ubicación. Las flores se transformaban en estrellas, para volver a florecer sin repetirse jamás en sus combinaciones. Y el rey de aquel caleidoscopio era un esqueleto de ojos brillantes que todavía llevaba su armadura y su capa colorada. Su séquito era un conjunto de seres deformes, la mayoría podía haber sido humano o elemental alguna vez. Antes de que algo espantoso hubiese reacomodado los límites de sus cuerpos.

—Has entrado al vientre de Kydara, humana —anunció el esqueleto, con una voz profunda que vaya a saber de dónde sacaba—. Se suponía que estábamos salvando de la muerte a una salamandra, pero tus métodos artificiales han confundido al desierto.

—¿He muerto? —pregunté, aturdida.

Detrás del trono, una enorme estrella amarilla se abrió sobre el fondo negro, a la vez que pequeñas réplicas hacían lo suyo en las esquinas de la pared. Los seres se miraron entre ellos, como saboreando el momento antes de sacarme de la duda.

—Si las cosas estuvieran ajustadas como debieran, sí —explicó el único que se dignaba a hablarme, pero con un dejo de reproche que hizo encogerse a un par de sujetos a un costado—. Sin embargo, tu esencia mixta te ha salvado. Este lugar no se alimenta de seres sobrenaturales. —...sí de humanos corrientes, ¿verdad? —completé, recordando las leyendas que se contaban desde la última guerra, sobre las atrocidades

cometidas contra elementales de todo tipo.

El aire se puso más denso aún. La tensión sacó chispas al aire y un silencio incómodo invadió el salón, hasta que alguien estornudó.

—Confórmate con saber que puedes marcharte, solo por esta vez  
—concedió el emperador.

No había terminado de asimilar la noticia y ya me encontraba abriendo mi bocota para hacer un pedido.

—Primero díganme si no se han comido hace poco a un chico así de alto, con cabello negro y expresión de perrito perdido.

—No llevamos recuento. Es mucho trabajo y, además, nos hace sentir culpables por comer demasiado.

—Solo devuélvanmelo, tengo que darle una paliza por robarme y dejarme sola en el desierto. Luego podrán quedárselo.

Me di cuenta de que estaba abusando de mi suerte, pero si podía recuperar mi oro y mi equipaje, valía la pena el esfuerzo. Entonces, uno de los súbditos, que casi era transparente y llevaba la cabeza en la mano, pidió la palabra.

—Mi señor Jiit, el humano al que se refiere lleva una cantidad enorme de piedras mágicas. Lo he venido observando. Sé en dónde está, permítame quitarle esta molestia.

Noté que por «molestia» se refería a mí y tuve que apretar los dientes. No quería imaginar de qué estaban hechos los trocitos de estrellas que iban y venían por el exterior de la sala, formando el caleidoscopio gigante.

El rey huesudo hizo un gesto con la mano, hastiado, y el decapitado avanzó hacia mí para darme las indicaciones del mejor atajo. Le agradecí, sin saber si mirar a los ojos de su cabeza o a los que me miraban desde sus hombros.

—Una última cosa, humana —dijo mi informante, antes de que me fuera por el camino que me había sugerido—. No puedes dañar al muchacho.

—¿Eh?

—Guarda tu ira. El chico será importante en el futuro.

Me volví, incrédula. El resto de los habitantes de aquella dimensión habían perdido interés en mí, solo el rey y el fantasma de aquel duende sin cabeza seguían en la sala.

Quise reírme, me había parecido una buena broma, pero las miradas de aquellos ojos inquietantes me quitaron las ganas. Todavía llevaba arena

en partes de mi cuerpo que no recordaba que existían y, de repente, se me prohibía tomar venganza por lo que me había pasado.

—¿Estás seguro de que hablamos de la misma persona? —me aseguré, ignorando las formas de colores que volvían a bailar a mi alrededor.

—Lo digo en serio. No querrás ser un obstáculo en el camino de una profecía particular, ¿verdad?

—¿Profecía particular? ¡No me jod...!

Me resigné. Era inútil discutir con ellos. A lo sumo, me decidiría cuando tuviera al mocoso enfrente. Por el momento, lo mejor era salir de aquel lugar tan raro, comenzaba a sentirme mareada. Y estaba tan aturdida, que no supe si el brillo travieso en la expresión de la cabeza parlante era real o producto de mi imaginación.

Otra vez, el viaje a la superficie fue desagradable y casi mortal.

Lo bueno fue que llegué a una zona habitada con rapidez. Lo malo fue que me encontré rodeada de un grupo de matones y a Ren en un ovillo, maniatado e inconsciente.

Una risita molesta flotó en el aire. Alguien se estaba divirtiendo con el espectáculo, desde algún lugar.

Me lo merecía. Por ir por ahí, confiando en cabezas y esqueletos.

### **Tres: No utilices tu magia en peleas innecesarias**

La risita aguda que atravesó el aire me hizo sentir incómoda. Cuando casi lloraba por mi cordura perdida en el desierto, pude ver que los bandidos miraban en todas direcciones, sorprendidos. No estaba tan loca. No lo había imaginado.

Alguien gruñó, otro preguntó quién se estaba riendo. Yo moría de ganas de salir corriendo, sola, y a la mierda con el traidor de Ren. Pero no pude, no me pregunten qué fue.

La vocecita se detuvo, en lo que pareció un carraspeo. Hubo un instante de silencio y rostros confusos. No tardamos demasiado en volver a la realidad.

—¿De dónde salió ésta? —Fue la primera reacción de uno de los sujetos, que llevaba una lluvia de cicatrices en la cara y vestía un uniforme militar antiguo y mugriento.

Puse en automático mi pose de «hechicero misterioso ahuyenta indeseables». No hubo reacción. El viento agitó las ramas de los árboles cercanos, como para darle algo de sonido ambiente a la escena. Del resto, nada.

Sentí el gemido de Ren a mis pies —al parecer, había despertado—, y el grupo siguió sin inmutarse. De pronto, uno se dio el lujo de estallar en carcajadas. La facilidad con que la luz del día daba en mis ojos y la brisa que alborotaba mi cabello oscuro me dieron la pista, algo tarde.

«Mierda. Olvidé ponerme la capucha.»

—¡Pero miren qué bonita mujercita! —dijo en voz alta el que parecía más armado de todos—. ¡Viene cubierta de joyas!

Me estremecí. Aquellos ojos enrojecidos abarcaron mi anatomía de un solo vistazo y me hicieron desear regresar al caleidoscopio nauseabundo de Kydara. Dejé la pose de defensa y enfrenté al degenerado. Estaba furiosa.

—Son brazaletes ceremoniales de imitación, estúpi...

—¿Estás ciego, Jun? —interrumpió alguien detrás, entre risas—. ¿Esa rata insulsa, bonita?

—Es que a éste cualquier cosa le viene bien —agregó otro, más allá—. En tiempos de sequía a mí también se me nubla la vista.

Ren hizo un esfuerzo y se interpuso, tambaleándose, entre el tal Jun y yo. Balbuceó algo dentro de su mordaza y me miró con ojos desorbitados. Entonces me di cuenta de que estaba haciéndome señas, con la cabeza, para que huyera.

Admito que me conmoví, aunque no evitó que lo imaginara escribiendo aquella nota, antes de irse la noche anterior. Parte de mí todavía quería matarlo por dejarme así.

—¿Nuestras cosas? —pregunté en un siseo.

Una leve indicación de sus ojos y pude reconocer los libros y la ropa, en un montón desordenado a un costado del camino.

—Suficiente. Hazte a un lado —murmuré.

Él se negó, con un frenesí que no había mostrado antes.

El sol ya estaba alto en el cielo. No supe cuánto había pasado en aquella dimensión extraña, ni en dónde nos encontrábamos ahora, pero comenzaba a perder la paciencia con toda esta demora en el viaje. Al parecer, no era la única, porque el loco Jun vino hacia nosotros.

Había sacado una espada con la hoja en bastante mal estado y se entretenía dibujando círculos en el aire con la punta. Me pareció bastante bueno. Como para aplaudir y echarle algunas monedas, de no ser porque no estábamos en un show del palacio dorado de Refulgens. Tampoco es que los espectáculos de la ciudad del fuego no hubiesen sido mortales hasta hace pocos meses. Yo misma probé, con mi maestro, la estadía en un calabozo y los métodos de las salamandras para impedir a sus presas la defensa. Pero esto era ridículo.

—Miren a la señorita rata y el señor ratón, los dos a punto de morir juntos —canturreó el ladrón—. ¿A quién le dejaré ver primero cómo torturo al otro, eh?

Traté de contenerme, no era momento de enloquecer y carbonizar todas nuestras cosas. Necesitaba algo de ejercicio y meditación. Estaba cansada y lo único que tenía en la cabeza era la puñetera regla de no usar la magia en cosas innecesarias. Por un lado, los asaltantes nos superaban en número y eso calificaba mis ataques de fuego como algo necesario. Por el otro, olían a podrido, estaban tan flacos como yo y llevaban armas menos afiladas que el borde de las hojas de los grimorios del mocoso.

No tuve mucho tiempo más para pensar. Jun se nos abalanzó, revoleando su espada y con ojos de poseído, mientras los demás reían. Admito que todo ocurrió muy rápido.

Lancé una bola de fuego, directa a la cabeza del tipo, mientras Ren arremetía como un toro desesperado contra su estómago. Ahí fue cuando los demás intervinieron. O lo intentaron, justo antes de salir despedidos por la ráfaga de viento ardiente que les envié.

Nos quedaba Jun, con su nueva arremetida mortal.

Dicen, por ahí, que alguien que sepa usar una espada de verdad no pierde el tiempo haciendo dibujos en el aire, ni pega alaridos cuando corre a clavarle una al enemigo. No sé si eso será cierto pero, al menos, le quitó el factor sorpresa y nos sirvió a nosotros.

Ren lo derribó y yo corrí a rematarlo. Luego debería rendir cuentas ante las salamandras por asesinar a un humano con el poder que me habían prestado, lo sabía. Pero el peligro no pasó. Mi proyectil incandescente no dio donde yo esperaba y el efecto fue peor.

—¡Maestra! —gritó el mocoso, justo cuando yo pensaba que me había librado del asunto.

Me giré, creyendo que tenía al ladrón encima, a punto de aprovecharse de mi distracción. Nada más lejos de eso.

Jun seguía en pie, entero, aunque sostenido por un hilo de voluntad muy fino, casi a punto de cortarse. El metal de su espada yacía derretido en la tierra y la mano colorada que había sostenido el arma temblaba, casi tanto como el resto del cuerpo de su dueño. El resto del grupo se debatían en el suelo, ahogados en una masa de gemidos e insultos a los que no di importancia.

Renuncié a matarlos y forcejeé con las amarras de Ren, a quien se le había caído la mordaza en el escándalo. En eso, noté que los ladrones retrocedían espantados.

—¿Qué carajo ocurrió? —preguntó uno, lívido.

—¡La espada! —gritó el que acababa de levantarse.

—¡Yo la vi! —señaló otro—. ¡Ha disparado fuego de su boca!

El ruido de las armas del resto al caer y el terror de aquellos rostros curtidos me desorientaron por completo.

—¿Qué? ¡Es magia elemental, ignorantes! —grité, indignada.

Igual, ya no era nadie para contradecirlos. Me había vuelto invisible, al lado del morbo y el terror que los había envuelto de repente.

—¡No! Se le abrió un ojo enorme en la frente y de ahí salió un rayo. ¡Yo lo vi!

—¡Es un monstruo!

—¡Un fenómeno!

—¡Y el chico tenía piernas de caballo, estoy seguro!

—¿Qué se fumaron, idiotas? ¡Miren, soy una simple hechic...! —empecé a aclararles, extendiendo la mano para repetir la demostración.

Entonces Ren se me adelantó, tapándome con su espalda y extendiendo los brazos con rapidez. Un gruñido del mocoso bastó para hacerlos correr sin detenerse, hasta que ya no pudimos verlos en el horizonte.

Me di cuenta de que tenía la boca abierta y seguía quieta, mirando el

camino, un buen rato después.

—¿Qué hiciste?

—Todavía en Daranis no están muy acostumbrados a la magia —reflexionó mi único acompañante—. Si esto hubiera pasado con ladrones de Suryanis, ellos nos hubieran freído a nosotros con bolas de fuego.

Suspiré y fui a revolver en el lío del suelo, a ver si encontraba mis cosas. En cierto punto, me volví al cielo, furiosa.

—¿Este es el futuro del que hablabas? —grité a la nada, esperando que la vocecita me diese alguna explicación o, al menos, volviese a reírse.

Un «no» agudo se coló en mis oídos, hizo sobresaltar a Ren y espantó a una liebre que se había acercado, desde los arbustos. Supuse que ésa sería toda la respuesta que obtendría, así que decidí olvidar lo antes posible el tema. De todas formas, mi decisión con respecto al mocoso traicionero ya estaba tomada.

—Lo... Lo siento mucho, de verdad —comenzó, volviendo a su voz temblorosa de siempre—. Nunca volveré a dudar de tus capacidades como maestra.

Levanté la mirada de un paquete de ropa de mujer que acababa de volverse mío.

—¿Esto cambió en algo tu concepto de mí? —lo desafié, incrédula.

—Has... venido a buscarme —titubeó él, sin responder lo que le había preguntado.

—No. Vine a buscar lo mío. Ladrón.

—Oh.

Dejé que revolviere también. Al fin y al cabo, había suficiente botín para ambos.

—¿Por qué lo hiciste? —murmuré, luego de un buen rato de silencio.

—Eh... Verás... —Sus ojos inquietos decían que estaba en una carrera loca por encontrar las palabras correctas—. La desilusión de la noche de Samhain me hizo pensar que, a lo mejor, necesitaba aprender por mi cuenta.

Solté un bonito vestido verde para tomar a mi alumno de los hombros, subirle el mentón y obligarlo a mirarme a la cara. Lo vi tragar saliva, nervioso, y aproveché para acercarme un poco más.

—No eso, chico. Pregunto por qué me quitaste mi equipaje.

—¡Ah! ¡No fue mi intención! —confesó, con sus ojitos de cachorro bien

abiertos—. Me di cuenta poco antes de encontrarme con esos tipos de que llevaba también lo tuyo. La fuerza de la costumbre.

Lo atravesé un poco más con la mirada más seria que soy capaz de poner, como para que soltara cualquier confesión extra que tuviera por ahí. Supe que esperaba algo, temeroso, y antes de averiguarlo decidí dejar el asunto en una palmada amistosa en el hombro. Volví mi atención a mis nuevas pertenencias.

—Está bien. Te creo.

Un rato después, cuando ya llevaba suficiente para vender en el mercado y asegurarme unos meses de comida abundante, el chico me detuvo.

—Eh. Maestra. Eso que estás cargando en tu espalda...

—Son tus cosas también, tonto. Ya lo sé —contesté—. Estás demasiado herido y lo mejor es que usemos el oro que se dejaron esos idiotas en descansar en un buen hospedaje.

No podía creer que desconfiara de mí. El ladrón había sido él, ¿no?

—¿Los dos? ¿Puedo ir contigo todavía?

—Mañana empezaremos el entrenamiento de nuevo, pero no iré despacio esta vez. Estarás listo para el próximo Samhain o renuncio a llamarme Nirali Sidhu.

—¿En verdad? ¿Me has perdonado?

De nuevo. Los ojos de cachorrito emocionado. Pero ya no caería en la trampa de creerlo tan inocente.

—Si eso es lo que piensas, espera a mañana al alba, cuando corramos hacia las montañas. Ahora camina, que esto está muy pesado.

«Y no sé qué clase de profecía mediocre se revelaría ante una cabeza enterrada en el desierto» me dije, mientras íbamos al pueblo más cercano. «Ni que fuera a creérmelo con tanta facilidad».

### **Cuatro: La importancia del momento**

«No apartes los ojos del brillo de esta estrella, si no quieres ser enterrada por la tormenta».

Eso fue lo que murmuró la vocecita chillona de aquella cabeza, en el desierto de Kydara. Yo pensé que se refería al caos de arena y magia que encontraría al salir de allí, pero pasaron los meses y entendí que había algo más. Dejé de preguntarme por la supuesta profecía sobre Ren, creo que nunca fui en serio con eso de castigarlo por abandonarme. Todavía

tenía el brillo de aquella estrella en mi mente.

El problema era decidir cuál sería el próximo destino.

¿Varma? Era el lugar donde debía ir cuando terminara mi aprendizaje independiente. El punto de encuentro con mi siguiente maestro: Deval Khan. Prometí alcanzarlo allá, cuando el anterior rey cayó por la revolución alada. No sé la razón, pero no me atreví a acercarme a esa región.

¿Suhri? Mi pueblo, el lugar al que prometí volver cuando pudiese sacar al Concejo de ancianos corruptos que lo gobiernan. Mi motivación original era la venganza, luego supe que no sería suficiente.

Entonces, recordé que le había hecho una promesa a mi hermana mayor, Madhu, de unirme con ella al templo de la diosa Daia en el monte. Éramos niñas cuando lo dijimos, pero ella terminó cumpliéndolo. Yo podía intentarlo. Llevaría a Ren hasta allá, entonces nuestros caminos volverían a dividirse.

Ahora sé que hay cosas que son tan enormes que no las notamos. Lo abarcan todo, nos engullen y ni nos damos cuenta de que avanzamos, dando tumbos, buscándolas. Nos encuentran, sí, pero solo cuando dejamos de esperarlas y nos arriesgamos a traspasar nuestros límites.

Al dejar a mi maestro rompí mi molde, me perdí por un rato y me encontré cometiendo los mismos errores que habían cometido otros conmigo. Aquella noche de finales de octubre toqué fondo con el pobre Ren. Si él no hubiese huido de mí, yo jamás hubiera notado lo ciega que me había vuelto.

Ren fue el héroe de mi propia profecía. Aprendimos juntos lo que era ser maestra y alumno, comenzamos de nuevo después del encuentro con aquellos ladrones. Cambiamos el rumbo y lo fuimos arreglando con los meses.

Así, ha pasado un año desde aquel desastre en Kydara. He cumplido mi promesa. Es noche de Samhain, el límite entre los mundos es más ligero y mi alumno está por llamar a su elemental de compañía en el mejor lugar que pude conseguir. Las cuevas de roca en Sideris, al este del país, son las más antiguas y están llenas de criaturas sobrenaturales de toda clase.

Si con el duro entrenamiento, las pilas de libros y los montones de piedras energéticas no logramos atraer a esa bendita salamandra de una buena vez, habré fracasado. Lo sé. El mocosito está nervioso, yo también. Y eso que nos hemos esforzado bastante esta vez.

He hecho cosas que a mi «yo» de hace unos años la hubieran espantado y las he hecho mejor de lo que esperaba. Creo que pude impresionar al mocoso, además. Para mi propia sorpresa, he resultado ser una mentora pasable. O eso creo, porque Ren ni siquiera ha protestado cuando lo he hecho sentarse en aquella piedra incómoda por horas, rodeado de un círculo de fuego mientras repetía el mantra. Sé que esto es peligroso, tal vez más que aquella taberna llena de gente en la que invoqué a mi primera compañera elemental. Sin embargo, tengo la esperanza de probar el verdadero potencial del chico.

«Tal vez ya sea tarde para llegar al templo de Daia. Puede que no quieran recibirme allí a estas alturas».

Lo mejor es pensar en el presente, concentrarse en lo que uno está haciendo, mirar alrededor al caminar. Así como Ren, que hace de la extrema concentración su mejor arma.

Alguien ha acudido a su llamado. Voy a aclarar que nunca había visto al mocoso tan asustado como ahora. Las llamas del círculo se han convertido en un remolino, una columna ardiente que pareciera querer tragárselo.

Recuerdo el susto que se dieron todos en aquella taberna cuando me ocurrió a mí. Los gritos de ánimo de Sarwan, en medio de la confusión general. Los demás resultaron ser ex soldados de la guerra en la que él había peleado. Algunos estaban siendo perseguidos por crímenes contra civiles. Fue mi primera batalla, la primera que vi celebrar a Sarwan hasta las lágrimas.

«Casi había olvidado ese detalle. Al final, no era tan malo enseñándome».

Allí está. En manos de Ren. Su propia salamandra, su espíritu del fuego, quien lo va a acompañar hasta que ambos sean tan unidos que él pueda tomar prestada parte de su esencia y convertirse en hechicero elemental. La mía se veía algo tosca, nunca voy a olvidarla. Pero la de él parece una niña dorada. Con todo cuidado, la está colocando en su lámpara correspondiente, le está dando la bienvenida a este plano. Y la salamandra está reaccionando de forma positiva.

Allí está, también. Esa sonrisa.

Mi alumno acaba de alcanzar el segundo nivel de un camino bastante largo. Por fin, nos hemos convertido en un buen equipo. Su cabello oscuro está algo chamuscado por el ritual, parte de la pintura ceremonial se ha corrido de su cara y sus ojos lloran a la vez que su boca ríe; sin embargo, esta es la imagen más hermosa que podía obtener.

—Gracias, maestra —me dice, todavía sentado en la roca, y yo siento que

un nudo acaba de desatarse en mi garganta.

—Gracias a ti —respondo, antes de darme cuenta.

Se levanta, busca entre sus cosas y luego viene hacia mí con un cartel bastante arrugado. Cuando lo veo, no puedo creerlo.

—Hay un buen premio en la competencia de hechiceros de la capital, maestra —me explica con tranquilidad, como si su energía no hubiera sido drenada por el paisaje en el ritual, maldito mocoso y sus dones—. Supe que el nuevo rey la ha anunciado, en la última ciudad que pasamos, cuando fui a traer los víveres. Escuché los comentarios de unos comerciantes y pensé que te interesaría.

Quedo boquiabierta al ver, en el papel arrancado de alguna parte, la proclama oficial firmada por el mismo joven que me salvó en aquella lucha, el príncipe Nimai. Mi corazón da un vuelco y busco entre el texto a alguien más, alguien que sé que estará por allá.

«No hay ninguna mención a Deval. Aunque podría ser uno de los competidores».

Me he puesto inquieta, no puedo evitarlo. Ren sigue hablando sin cesar.

—Me dijeron que las noticias llegan muy lento hasta este sector del país. Para este momento, las cosas deben estar mucho más avanzadas. Podríamos desviarnos del camino al templo del que me hablaste y probar suerte.

«Es mucho dinero. Pero tendría que llegar a Varma... No sé si estoy lista para eso».

—Igual, podemos ir para la siguiente que organicen. Tal vez ya no esté ahí la persona que te espera —sugiere, con su molesta manía de decir lo que estoy pensando en el momento.

Lo miro y le ordeno que vaya a descansar un poco. Me obedece, a regañadientes, y entiendo su ansiedad. Apenas ha invocado a una salamandra, no podrá unirse a su esencia y mucho menos controlar sus poderes hasta dentro de un año, por lo menos.

«Aún no es el momento».

Deberíamos festejar. Deberíamos bajar al pueblo y encontrar alguna taberna en la cual jugarnos toda nuestra suerte. Aunque, necesitamos esa suerte con nosotros, ya estamos hambrientos de nuevos objetivos. El más importante de todos no está decidido, todavía, y sé que debo mantenerme atenta, con los ojos bien fijos en él para no perderlo. Como sea, adonde

sea, allá vamos.

**\*\*\* FIN \*\*\***